

Manuel Andújar

SUCEDE EN UNA VISPERA

En el abril de aquella primavera, aseguraban, fueron más intempestivos y abundantes que nunca los chubascos y las granizadas, los vientos-ganzúas y los nublados de mala jindama.

Nadie lo hubiera temido ya un sábado, el mes por su mitad, en que se descorchó un tibio calorcillo, comenzaron a brotar con pujanza insólita las yemas de los árboles y a melarse las miradas de las niñas que a mujeres ascienden. Los chicos no resistían el afán de retozo y hormiguearon, saltarines, por calles y plazas. Se reservaba, a los maduros, un sabor excitante en el vino común, algo indefinible que lo espesaba. Y las casadas querían robarle al aire cadencioso sus rumores de polen y untárselos en la garganta, por la nuca, o quizá hacia el desmonte de los pechos, para que se verificara —¡oh, advenimiento!— el ansiado chisporroteo y paladear, al fin, la duermevela oronda que corona una verdadera noche nupcial.

Y los viejos paseaban ufanos o se aflojaban de piernas, en los asientos de corro, con el objeto —tan plausible y que ningún daño acarrea— de que el sol, de benévolas radiaciones, los entonara.

Según estadística confidencial, que certifican notarios celestiales, jamás se había registrado en Madrid menor porcentaje de destemples.

Víspera, la citada y memorable, del cumpleaños —sesenta tabas— de don Ciriaco. Aunque lo había olvidado, sin motivo asociable lo recordó de súbito, cuando apretó los párpados de rugosos paños violeta, que no deseaba verse retratado en el respingo del ojear ajeno, al escrutarlo de cabeza a suelas, del cuello de la sotana a los zapatos, raídos los tres.

Y le picó más el pelo rasposo, casi mineralizado, de la barba. Tembló, por palmos, su flacura escasa de jugos. Un extraño sarpullido le hervía en el vello. Olió, como si de vecino emanara, el propio sudor pestilente. La luz, pura y densa, filtrada por la atmósfera de verdiazules entreveros, en la que se marcaban, pastueños, los coros terrestres, debía destacar aún más sus negros: de hábitos, de semblante escurrido, en las manos esa morenez menjurjada que acusa el enclaustramiento.

—Ojalá me transformara Dios en lechuza o escarabajo, se evitaría mi vergüenza. Ni yo soporto mi estampa.

Entonces, incongruentemente de turno, se le representó la fiesta. Lo que ocurriría —así decimos, rutina manda, ya que nada anunciaba modificación y no cabían elementos de sorpresa—, al congregarse, a su alrededor, en la tarde dominica, la menguada parentela y unos amigos rezongones que tras pañuelo bostezarían.

El agasajo, en el piso del hermano benjamín, donde al abrir las puertas de la alcoba matrimonial escapaba, al acicalado gabinete del pisolabis, un capitoso tufo a cuerpos refregados.

Se arrugaban, con automática premura, las aletas de las narices



solteronas y cuéntase que las tías de Virginia parlotaban atropelladamente, en tapujo del pecado.

Simulaba no reparar en su alteración la joven cuñada de don Ciriaco. Procuraba derrochar idas y venidas, extremar los servicios. Porque de instalarse entre ellos, sedentaria, y notarse trabada de reflejos por la falda, "ridículamente larga", y aguantar los resuellos de "sacristía y juzgado", de "castañas puestas a cocer", y escuchar sin intervalos el sonsonete de sus frases, no podría consecuentar más "y echaría a rodar la pamema, a grito pelado".

Don Ciriaco, que lo barruntaba, había intentado disuadirlos.

—Estáis en la buena edad (¡quién la pescara!), aprovechadla, Alberto. No me encorcoréis más con esas "extralimitaciones". La invitación los compromete y asisten. Y a Virginia le ocasionamos, amén de gastos, un trote morrocotudo. Que no os sobran, de añadidura, carape, ni el dinero ni el espacio. Y os quitamos una tajada de intimidad.

"Intimidad": sólo mentarla producía una desazón "abominable" a don Ciriaco, que ahora germinaba en la temperatura acolchada que semejava bambolear y suspender el banco de la avenida en que se había repantigado.

"No tenían hijos y sin embargo la unión no había sufrido quebranto. Más encelados que de novios andaban, buscando incluso pretextos para tocarse, como si subieran a un escenario y fuesen maestros en cucamonas de galanteo. Y no había que ser un lince para suponer sus hartazgos."

(Se enardecían o rondaban, ritmos combinados de la voluntad de posesión, que no cedía, del apetito insaciable.)

Quiso borrar, espantar, las ligadas actitudes que mentalmente le acosaban. Tamborileaban en él, pero sin el lacerante encandilamiento de antaño, cuando aún el vigor—"mi desperdicio", murmuró— lo perturbaba. Hoy se reducía a opaca nostalgia.

—¿Más chocolate? No desprecie los bizcochos. Le "arreglé" el anisado.

En ninguna ocasión le habían preguntado sus preferencias. Por simple mimetismo las determinaron.

—No se siente en esa esquina, que es traicionera la racha del pasillo, peor que guarrameña.

El hermano menor, superviviente, con él, de la parvada que una docena sumó, barajaba el respeto ante su condición sacerdotal con una desdeñosa piedad. De "fósiles" calificaba sus opiniones. Le guardaba gratitud, que don Ciriaco costó sus estudios y agenció influencias para proporcionarle una situación económica discreta, de pluriempleo a la española, ahora naturalmente. A la par zahería sus valores de juicio y de conducta rancia.

—Sabes muy poco de la vida y menos de las generaciones actuales, que no sólo empujan y alborotan, sino que os arrumban, de dicho y de hecho, por acción y por omisión. No entiendes lo más mínimo de su rebeldía, ni los problemas que les preocupan.



Un enredijo, para ti, el cambio de conciencia social que se ha operado. Unicamente aceptas, igual que una purga, la letra del Concilio. Te resistes a su espíritu, desafinas en la melodía.

Dos Ciriaco se apresuraba a reivindicar su evolución, formuladas las salvedades de rigor, de tradición, pero el irónico mutismo de Alberto le orillaba a tartamudear, a incurrir en contradicciones. Perdía el "oremus".

Y el benjamín, en muestra de indulgencia, mientras Virginia, maquinalmente, sistoleaba los muslos opulentos, mudaba de tema, se refería a episodios de la infancia, bobos y pícaros, que sucedieron bajo la protección, nada severa por cierto, de don Ciriaco.

Una congoja irreprimible: las punzadas de su fealdad, de su completa singracia, en el relieve del atardecer lento, esplendoroso.

Y le cercan, inopinadas, las constancias de sus bríos. Sublimó esas energías en violencias de cruzada.

("O las envileció", apostilla Alberto, posado con disfraz de gorrión en el banco de data finisecular, pasto de orín y carcoma.)

"Condenaste... Y por un tris no te infamó la ejecución de la denuncia... Habrías fulminado al hereje... Absolviste a los que mataron, sí, con las disculpas que siempre urden... No socorriste a las viudas, que se multiplicaban... Tampoco encontraron asilo o ayuda de tu parte los huérfanos, que eran mayor cantidad aún..."



¡Ah, pero observaste el celibato! A tal precio de desnaturalización que... Y te has secado, cual una vaina de algarrobo."

Tuvo que despegar los ojos. Avanzaba un murmullo de vegetal terciopelo estrenado, al quiebro del día. Y anheló palpar la vibración de majestuosas gamas, de cálidas franjas, de vaborosas estrías que estructuran el crepúsculo, la diversión que nivela a pobres y potentados.

Y en ese momento advirtió que alguien lo contemplaba descaradamente, en la acera contraria. Una curiosidad cruda, sin amago de disimulo, lo enfocaba. Como si pretendiera irritarlo. Porque no se volvía ni giraba, no esperaba a nadie. Quizá al pasar por allí, "no tiene tarea concreta ni se encamina a sitio fijo" don Ciriaco "le había llamado la atención".

No obstante su vestir chillón y el ofensivo desaliño y que se había plantificado telas bastas —una especie de blusa holgada, pimienta, tiznados pantalones de tergal olivo que las botas vaqueras remetan al borde de las pantorrillas—, se notaba, por el desparpajo, que llevaba, a su criterio, el uniforme exclusivo, que tipifica. Ocultaba y revelaba, ambiguamente, que contaba con salir impune, de cualquier desafuero. Adorno y decoración, también diferentes, el copioso bigote de guías mandarinescas y los flecos abullonados sobre las cejas, en contraste con la palidez —lujosa, ociosa, sin lustre de intemperie— de la piel.

Don Ciriaco acudió al reclamo del diálogo telepático.

—¿Parezco, acaso, un bicho raro, con orangutanes pintados en las mejillas?

—No, es que "te" han sacado de la jaula y el oxígeno, a grandes dosis, brilla en tu mojama, de cuero pajizo.

—Demasiada confianza "te" permites. ¿En qué plato manducamos (sonrojo por el verbo gitano, a que lo había provocado)... juntos?

—Usted me trata, en el fondo de su alma (¿no la habrá extraviado en los propósitos de enmienda o en alguna sutileza de ese orden?) a base de odio y de resentimiento, aunque se dore la píldora. Vaya, que le niego autoridad.

—¿No eres creyente?

—Pues, regular. Fe absoluta en la autodeterminación colectiva, y en la mía particular, en la expansión plena de la personalidad, certidumbre sin trampa ni cartón. Si la muchacha que se atraviesa me gusta y es interesante, porque se rascó las mugres, ñoñerías incluidas, directos a revolcarnos, que es un deporte sano. Y sanseacabó. "Su" mundo, don Ciriaco, don Cítrico, es un anacronismo. Condimento de liturgia y policía, de pudibundez y obscenidad, de especulaciones que dan grima. En cuanto a los negocios... Nosotros encarnamos un expediente furioso, arbitrario, higiénico, de espontaneidad. O indagamos, más allá de las superficies, de las cáscaras, de los simples datos ópticos, o bailamos y bebemos hasta agotarnos, en espera del vislumbre genial, del mensaje cósmico que





no se ha dictado. Lógicamente, al cantar y en todas nuestras manifestaciones, protestamos. Ustedes estorban y no se eliminan, egoísmo cerril. Y, lo que resulta peor, el delito de lo antiestético: nos descomponen los paisajes.

—Te desahogaste. En frío, ¿a quién le corresponde, a ti o a mí, el signo positivo?

—Hombre, ¡la duda teológica, el antro materno!

(Rápidas cenizas de una discusión amañada en su caletre, pero de física virtualidad. Don Ciriaco aceptó el reto. Permanecería en el lugar que por su reverenda gana había elegido, al fin no podían negarle civil y clerical derecho. Que no fuera a figurarse que lo intimidaba. El mozarrón, con ventaja en juventud y apostura, se cansaría en corto tiempo. “Le faltan correa y tenacidad. Porque estos chiquilicuatros, a la moda estridente, son veletas, necesitan a espuestas las impresiones, la antítesis de nuestro estilo sobrio de ser y de estar.”)

A Virginia la conocen, los allegados, por el mote de “La Pegadiza”. Y ella, al notificárselo terceros, lo adoptó, orgullosa.

—La que gasta gancho es porque de nacimiento. . . Electricidad que se carga una, y a sorber el tuétano. Que se pronuncie el “mío”, que ni a tirones me lo distancio. De apilar pápiros y dedicarme la jornada, en la brecha se derritiría. Malicia y no te equivocarás. Si muriera del atracón, muy dulcemente, yo, por fidelidad, tomaría los velos. Firma y rúbrica “La Pegadiza”.

No se había librado de la infección verbenera.

En una cita privada, de que no informaron al hermano, don Ciriaco se despepitó predicándole moderación, por la salud de su ánimo y ya que los excesos tunden al más engallado, socaban el raciocinio y malogran el futuro. Y significan un ejemplo lamentable. El engolosinamiento se difunde y apesta. Comprendido que esposos aún con aspiraciones de descendencia, alardeen de entusiasmos, pero tanto abuso estraga. Los sinónimos se le agotaban pronto y terminó en farfalleo.

Muñequilmente modosa, apretadas las rodillas, los brazos angulados, oscilante el rizo chulesco de sien a ceja, en reposo las exageradas pestañas postizas, Virginia escuchaba el sermón doméstico. ¡Y con qué petenera respondió!

—Te pido, padre Ciriaco, secreto de confesión.

Habló, teatrales las pupilas de voluptuoso desgaire, con agitado compás respiratorio, que penduló los senos, en garabato los dedos acariciadores.

Ella estuvo, y continuaba terne, enamorada. “Del que es tu hermano, aunque ni por el forro os confundan. Después de una serie de consultas, interrogatorios y análisis, los especialistas coincidieron, la desengañaron. De quienes me engendraron, o de la Suprema Voluntad, es la culpa, no de esta infeliz. No hay remedio, me birlan los hijos.” Debía compensarlo, no renunciaba al marido.

Luchaba mediante el goce rabioso, adhesivo, para dominarlo y que en trance de escoger, por la veleidad de “preñar” (la regocijó el ademán escandalizado de don Ciriaco) a una intrusa, prefiriese quedar extenuado, “en su arcón”.

—Si yo me lo propongo, él se enfrasca. Al cansarse de la sesión, lo cuido como a una criatura. Hasta con alimentos y tónicos. Los mismos, a cucharadas soperas. Y a reincidir. Con táctica, sorbo a sorbo, subiendo la receta.

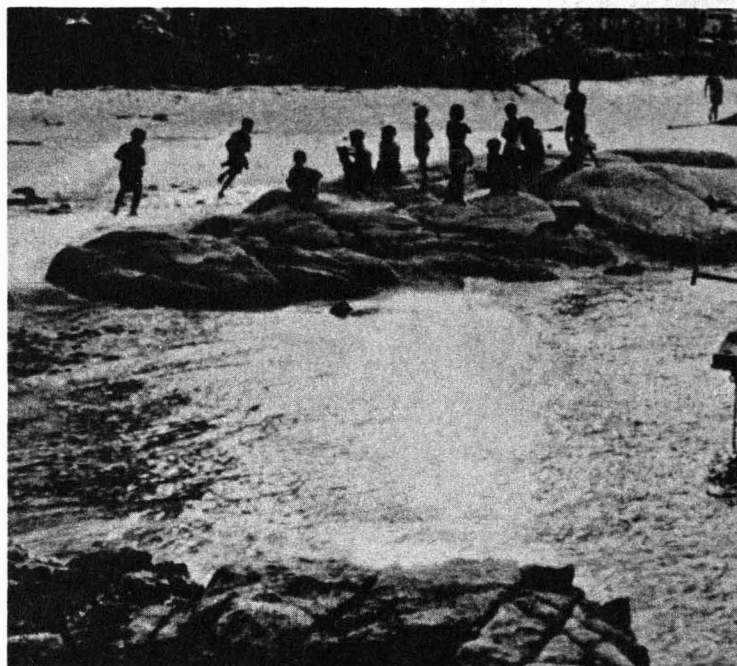
Se despidió don Ciriaco, sin atinar en el texto y manera de réplica, que por cerebro y lengua se le enrevesaban latines y refranes. La alfombra, arrugada, originó su estupendo traspiés, tropezó con una butaca, esquivó difícilmente el indefectible biombo.

— ¡Qué abismo, Señor de los Ejércitos!

El arcón de Virginia, el arca de Noé, el arco de iglesia, la arcada.

Además de resurgir, en aquella dimensión de su ensimismamiento, la confidencia escabrosa, que en las subsiguientes relaciones con Virginia no se traslució ni en alusiones ni en gestos, compadecía y envidiaba, de nuevo, al hermano.

Ahora, por primera vez, no le mortificaba el no haber combatido la transgresión, la viciosa persistencia. Sólo que percibir y rozar el empeño pasional, gradualmente frenético, de “La Pegadiza”, en





Alberto cifrado, le suscitaba dolorosa desesperanza. Lo asumió, sin coraje de sentencia, en tanto que inmodificable fenómeno.

Más fuerte y tangible realidad concertaban el "existencialista cínico" (titubeó, humillado por su ignorancia catalogadora), todavía inmóvil y jaque frente a él, y sus "marcos": una hilera de árboles que cuajaban su verdor, los rótulos indicativos del presente —supermercado, boutique, serigráfico anuncio mural de una intrépida semitumbada, doncella o desviada, reclamo de una marca de medias pop— o exhibían, con terco despiste, el ayer que se cuarteaba: fábrica de churros, taller de zapatería, cacharrería, carpintería, lo menestral.

Procuró, en vano, aferrarse a la misión, al aliciente teórico, pastoral, de sus feligreses, pero en esa instancia integraban un conjunto gelatinoso, mareante, sin netos perfiles de individuos y de prójimos, no le inspiraban simpatía ni repulsión. Todo lo contrario de las dos parejas de novios que cerca de él sesgaron. "Los ahuyentó." Los aliñados que iniciaron el rodeo precautorio restauraban, con ropas flamantes, las bogas que trasuntan las fotografías cobrizas de principios de siglo. Los segundos, de talla achaparrada ("mor de la guerra, que se criaron en épocas de estraperlo y hambres, exclusivamente los ricos disponían de grasas y vitaminas"), aspecto rústico, duros y apelmazados los rostros de molde

pueblerino, reían sus hipo broncos.

La imagen de la merienda festival, en su homenaje, por su cumpleaños, lo oprimió angustiosamente. Aún quieto, estaba convencido de que truncaría la costumbre. Iba a sorprenderlos, a no comparecer, dueño excepcional de su albedrío, capaz de soberana decisión.

Y se admiró, ya erguido y vivaz, en la evasión fantástica, que lo cernía.

—Fúgate. A jubilarse repican. Los de tu quinta y corral sois un lastre, a extinguir.

El adiós, exento de pesadumbre, a su departamento de clérigo mediocre y adusto, a la consonante alcoba estrecha y desangelada, que rehogaban los rumores del patio, el gotear —pavorosa periodicidad— del grifo de la cocina, la humedad que rezuma, pared contigua, la cañería del excusado.

Cumplido ese trámite, desfilarían campos y caseríos, estremeciendo y desbordando el cristal turbio de la ventanilla. Viajero en un tren, aventura de niñez.

Para don Ciriaco su mismo suspiro torpón adquirió una vibración extraña y extranjera. Fue un instante que lo redimió de la miseria consagrada.

